

**AMIANO MARCELINO. ULTIMO HISTORIADOR PAGANO.
EL MUNDO BARBARO A TRAVES DE SU OBRA**

Nelly López de Hernández

La época

El siglo IV, época vivida y descrita por Amiano, constituye un siglo todavía brillante en el Bajo Imperio. Sólo espíritus muy avisados y con un agudo sentido del cambio histórico podrían haber previsto la catástrofe que en pocos años acabaría con el aparentemente inmovible imperio romano.

La crisis militar del siglo III lo había conducido al borde del caos, pero una serie de emperadores enérgicos y hábiles soldados, lograron reestructurarlo e infundirle nueva vida por varias generaciones. Entre ellos se destacó Diocleciano, espíritu sagaz y práctico que comprendió la necesidad de abandonar perimidas estructuras republicanas que seguían subsistiendo a causa del tradicionalismo romano pero que, vacías de contenido, no se ajustaban a la nueva realidad de los tiempos. Desde la época de los Antoninos, culminación del principado, las instituciones políticas y administrativas del imperio habían sufrido un desgaste irreparable y era necesario aplicar modificaciones concordes con los nuevos tiempos.

La primera realidad abrumadora era la incapacidad de gobernar eficazmente una estructura territorial enorme, cuyo contralor escapaba aun a los mejor dotados para el mando. Diocleciano comprendió que la manera más adecuada de resolver el problema era dividir la administración sin dividir el poder. De esta idea surgió la tetrarquía. Aparentemente el sistema implicaba dividir la soberanía entre cuatro gobernantes: dos Augustos y dos Césares. Nada más lejos de la concepción de Diocleciano. En ella uno de los Augustos, es decir, él mismo, ocupaba en la escala jerárquica el lugar más elevado y, por ello, adoptó el título de Jovis (Júpiter) como cabeza del sistema. Su colega Maximiano, que adoptó el nombre de Hércules, era el brazo ejecutor y jefe militar encargado de interpretar las decisiones de Diocleciano y ponerlas en práctica. En teoría eran iguales, pero en la práctica uno estaba subordinado al otro. En cuanto a los respectivos Césares, Diocleciano los escogió cuidadosamente a fin de que cada uno equilibrara con sus cualidades personales las deficiencias de los Augustos a quienes completaban en el mando. Galerio, soldado ante todo, servía con sus cualidades militares como instrumento adecuado para las tareas de contralor en las zonas más amenazadas de la parte oriental del imperio, que correspondía a Diocleciano. Por su parte, Constancio Cloro, hombre culto y de sagacidad política, equilibraba en Occidente el ardor bélico de Maximiano.

La tetrarquía, tal como la concibió Diocleciano, debía garantizar la defensa del imperio en todas sus fronteras y asegurar la eficacia en la administración del coloso. Esa eficacia sólo podía lograrse creando un sistema sucesorio basado, no en la herencia de la sangre, sino en la capacidad. Los Augustos elegían a los Césares por sus cualidades y los adiestraban para el mando de modo tal que, al abdicar, quedara asegurada la continuidad de una política y de un sistema defensivo. Pero esta bien planeada estrategia de Diocleciano estaba condenada al fracaso por dos razones:

- 1) no tenía en cuenta las ambiciones personales, sobre todo de los hijos capaces de los miembros de la tetrarquía; 2) chocaba con una tradición romana de la época del principado.

según la cual si el soberano tenía un hijo varón el trono le correspondía, aun cuando a los intereses del Estado hubiera convenido la adopción de un individuo más capacitado. En el caso de la más brillante de las dinastías, la de los Antoninos, la suerte proporcionó a los emperadores hijos adoptivos que superaron a sus padres, pero, ya en el caso de Marco Aurelio, la entrega del poder a su hijo legítimo Cómodo, significó el principio de una larga etapa de desdichas para el imperio. Posiblemente Diocleciano pensó que con el sistema de las adopciones podía conseguir gobernantes capaces como los Antoninos, pero ahora eran cuatro individuos los que pretendían para sus hijos los derechos al trono. Eran demasiadas ambiciones en juego. Necesariamente debían hacer eclosión cuando desapareciera la figura rectora cuya personalidad había dado vida a la tetrarquía.

El reinado de Diocleciano ofrece características destacables porque sus decisiones transformaron radicalmente el imperio. Podemos afirmar que con él desapareció el principado, con resabios republicanos, para dar paso a un imperio centralizado y burocratizado al que se suele llamar "dominado", pues el emperador no es ya el "princeps", es decir, el "primus inter pares", sino el "dominus", el señor. Los ciudadanos, paulatinamente, se convierten en súbditos. Diocleciano, soldado de origen humilde, supo rodear a la monarquía de un boato y magnificencia comparables -y sin duda tomados de allí- a los de Oriente. Aureliano, antes que él, ya había adoptado el uso de la diadema, de procedencia persa. Diocleciano, además de este símbolo real, utiliza en su vestimenta manto y calzado recubiertos de pedrería. No era fácil acercarse a su persona y el que lo lograba debía ejecutar el ademán de la "adoratio". Conviene traer a colación la "proskynese" que Alejandro Magno tomó de los persas y que tantos problemas le trajo con los griegos.

Todo este boato que rodeaba la persona del emperador y de su corte tenía como finalidad destacar el carácter sagrado del monarca que proviene no de ser él mismo un dios, sino de estar ligado a Júpiter de quien proceden las cualidades sobrehumanas que adornan al emperador. Recordemos la ceremonia de la "auguratio" mediante la cual

se conferían a los reyes y luego a los cónsules los poderes recibidos por el sacerdote de parte del dios. A estos elementos propiamente romanos se agregan los de procedencia oriental, de modo tal que en el Bajo Imperio se crea una verdadera mística imperial que hasta Diocleciano es de inspiración pagana, pero que a partir de Constantino tendrá raíces cristianas. Este proceso culminará en la época bizantina en que los emperadores se considerarán "isapóstolos", es decir, iguales a los apóstoles. El carisma de la soberanía y el poder emana de la gracia divina y el emperador tiene el derecho y el deber de realizar en la tierra el orden divino; al mismo tiempo es el origen de las buenas acciones y la "luz del mundo". Es interesante, como elemento de comparación, constatar que en la religión de Zaratustra la realización del orden Justo (Rtam) sobre la tierra era la principal tarea encomendada al Gran Rey persa.

La ya mencionada mística del poder imperial tiende a asegurar con lazos religiosos la obediencia y el respeto de los habitantes del imperio.

Para garantizar la eficacia del poder imperial era necesario centralizarlo. Diocleciano procedió entonces a la reorganización administrativa dividiendo el imperio en unidades menores con lo que se aumentó el número de provincias de 57 a 100; éstas llegaron a 120 a principios del siglo V. Las provincias fueron agrupadas en 12 diócesis, cada una bajo el mando de un vicario, delegado del prefecto del pretorio, a quien se concedía la mención honorífica de "vir perfectissimus". Los gobernadores de provincia, aunque dependientes del vicario, eran nombrados directamente por el emperador. De esa manera desaparece la antigua diferencia entre provincias senatoriales e imperiales, se implanta la uniformidad y todo funcionario depende del emperador.

Todo fuerte centralismo requiere también una complicada burocracia. Una verdadera maraña de cargos, con sus correspondientes denominaciones, títulos honoríficos y tareas específicas complicó enormemente la vida del imperio. Con el tiempo, y ya en las postrimerías del mismo, los más altos dignatarios de esta burocracia detentaron

un mayor poder que el de los emperadores, los que se convirtieron en títeres de sus servidores.

Este imperio absoluto y centralizado necesitaba como soporte esencial un ejército poderoso cuya función primordial continuaba siendo la defensa de las fronteras. Diocleciano logró aumentar sus efectivos, que alcanzaron a 67 legiones y, además, introdujo algunas modificaciones tácticas a fin de adecuarlo a las diferentes estrategias de germanos y persas. Precisamente una de las reformas de mayor importancia fue el empleo de caballería acorazada -por exigencias de la lucha contra el enemigo persa- que pasó a ser el arma de choque más importante del ejército. El número total de hombres alcanzó la suma de 400.000, aunque es evidente que muchos de estos soldados poseían escaso valor combativo.

Este ejército tan numeroso y una burocracia tan complicada requerían, como es lógico, enormes recursos. Fue necesario abordar una política tributaria muy severa que, aunque bien planificada, en la práctica produjo resultados abrumadores.

El presupuesto que se necesitaba anualmente para cubrir los enormes gastos del imperio, lo preparaban funcionarios especiales denominados "censitores" y el prefecto del pretorio lo prorrateaba entre las distintas provincias. Mediante una división se calculaba lo que correspondía entregar a cada una de ellas, no ya en moneda sino en especie: trigo, cebada, vino, aceite, carne, ropa, reclutas para el ejército, trabajadores para las obras públicas, mulas y caballos para la posta oficial. En los latifundios el sistema podría haber funcionado, pero en las parcelas pequeñas era completamente inaplicable. La clase media de las ciudades, es decir, los curiales o decuriones eran los encargados de recoger estos tributos. Si no lo lograban, el déficit debían cubrirlo con sus propios recursos lo que cada vez les era más difícil y los empobrecía más. Tanto los curiales como los campesinos, de quienes dependía realmente el buen funcionamiento del sistema, estaban atados a sus puestos y no podían abandonarlos de ningún modo. Además, los hijos de los decuriones estaban obligados a suceder a los

padres en sus funciones y no podían alistarse en el ejército aunque los atrajera la carrera militar. En cuanto a los campesinos, muchos en Egipto o en Oriente escapaban a sus pesadas cargas recurriendo a la anacoresis.

Este sistema tributario, muy pesado aun cuando fuera aplicado por personas honestas, se convirtió en una pesadilla a causa del despilfarro y la corrupción de los funcionarios administrativos. Por consiguiente, en este panorama económico del Bajo Imperio, encontramos por un lado fortunas inmensas y por el otro enormes cantidades de gentes miserables.

Esas fortunas se hacían generalmente por medios corruptos, en los empleos de la burocracia imperial y se invertían, como era costumbre en el mundo antiguo, en tierras. De esa manera los latifundios crecieron enormemente anticipando el feudalismo medieval. En algunas ciudades lograban subsistir algunos ricos decuriones en tanto que la Iglesia, a partir de Constantino, se convirtió también en un fuerte poder económico. La clase más castigada por los impuestos fue la de los campesinos libres que, prácticamente, resultó aniquilada. En los latifundios había arrendatarios libres y colonos, muchos de los cuales eran "adscripti", es decir, que legalmente estaban incapacitados para abandonar la tierra, lo que tornaba su situación muy similar a la de los futuros siervos de la gleba.

Por otro lado, es necesario señalar que, aproximadamente, un quinto de las tierras del imperio quedaron poco a poco sin cultivar debido, por un lado, a las depredaciones de los bárbaros y, por el otro, a la deforestación irracional.

Hemos sintetizado, de este modo, las reformas de Diocleciano cuyo objetivo, logrado en principio, era restaurar y salvaguardar el imperio. Conviene ahora, en relación con el historiador que analizamos, hacer referencia a la situación cultural y religiosa que caracteriza al Bajo Imperio.

Cada vez se hacía más marcada la diferencia entre la parte oriental y la occidental del imperio que, unificadas por la fuerza de las armas republicanas, estaban destinadas por su peculiar idiosincracia, a separarse definitivamente.

Culturalmente constituían dos mundos distintos: uno con su indeleble sello helénico y otro de profunda raigambre latina. La parte oriental era decididamente más culta, más rica, más activa comercialmente y muy penetrada por influencias procedentes, sobre todo, del mundo iranio. En sus populosas ciudades cosmopolitas abundaban las escuelas filosóficas, las grandes bibliotecas y museos y, aunque Atenas seguía siendo el centro cultural del mundo antiguo, Alejandría, Antioquía y Pérgamo competían con ella en el campo de la ciencia o de la filosofía. Esta parte del imperio atrajo cada vez más el interés de los soberanos hasta que en la época de Constantino, éste decidió convertir la antigua Bizancio en su capital. De esta manera el eje de la vida política se trasladó a la parte menos romana del imperio y la vieja Urbe comenzó un lento proceso de decadencia.

Sin embargo, aun tenía suficiente vida y recuerdos de un glorioso pasado como para que los que continuaban habitando en ella se sintieran orgullosos y permanecieran fieles a sus tradiciones. La vieja clase senatorial seguía viviendo según los moldes de una existencia que había alcanzado su cenit en la época de los Antoninos. Así como la correspondencia de Plinio el Joven constituye una de las más valiosas fuentes para conocer el placentero modo de vida de la clase senatorial, en esta época contamos con las cartas de un personaje que, sin alcanzar la altura de Plinio, también nos permite transcurrir por los días de una aristocracia que, aunque condenada a desaparecer, todavía goza de la vida.

Este personaje es Aurelio Símaco que vivió en el siglo IV, pasó casi toda su vida en Roma y frecuentó la amistad de los hombres más importantes de la Urbe. Como buen patricio ejerció las más altas magistraturas aunque el título que más apreciaba era el de senador. Sin embargo, el Senado ha perdido desde hace un siglo gran parte del poder que aún le restaba. En la reorganización administrativa de Diocleciano este alto cuerpo ya no tenía cabida pues la mayoría de los asuntos importantes eran resueltos en los correspondientes ministerios y oficinas. Además, desde

que los emperadores abandonaron la ciudad de Roma para residir en otros puntos como Milán, Tréveris o Constantino-
pla, el Senado se convirtió en un mero concejo municipal. A pesar de todo se mantiene la apariencia exterior y todavía la aristocracia romana hace un buen papel pues, aunque el Senado ha perdido sus privilegios como cuerpo, los senadores son, individualmente, más importantes que nunca. En efecto, los más destacados funcionarios de la burocracia imperial son reclutados entre ellos; pero lo que les da un enorme prestigio es que son, por regla general, los que proporcionan al pueblo los juegos públicos. Si bien éstos no tenían la misma importancia política que en la época republicana en que los magistrados eran designados por los comicios, el pueblo continuaba aferrado a ellos y los reclamaba a pesar de que los emperadores, sobre todo los cristianos, los hubieran suprimido gustosamente. Podemos decir que en el imperio agonizante la última gran pasión eran los juegos públicos. Esto podemos apreciarlo cabalmente por las cartas de Símaco.

Lo que sorprende realmente en esta correspondencia es la similitud existente entre la sociedad romana del siglo IV y la del siglo II. Sin duda la primera ha envejecido y muestra síntomas de inexorable decadencia, pero aún así muchos rasgos son semejantes a la de la brillante época Antonina. Se trata de una sociedad culta, amante de las bellas letras, que gusta rodearse de intelectuales y artistas y que, ahora como antes, vive fastuosamente. Símaco era uno de los senadores menos ricos, pero nos asombramos al enterarnos que tenía tres casas en Roma, quince villas en las más bellas regiones de Italia y posesiones en diferentes lugares de la península. Posee, como todos los ricos romanos, jardines y mansiones en el Vaticano¹, a lo largo del Tíber y de la Via Apia donde puede pasar gratos momentos de descanso sin alejarse de su querida Roma.

Tal es, rápidamente esbozada, la situación de la alta clase romana del Bajo Imperio la que Amiano, en su condición de ex alto funcionario militar, logró frecuentar.

¹ Boissier, Gestón, La fin du paganisme. Etude sur les dernières luttes religieuses en Occident au quatrième siècle. Paris, Librairie Hachette, Libro V, cap. I.

En lo que se refiere a las creencias religiosas de la época debemos hacer referencia a la penetración en el imperio de los cultos orientales. En ningún orden de ideas la influencia del Oriente fue tan decisiva como en la religión y finalmente condujo a la destrucción del viejo paganismo grecolatino. Las razones que motivaron este proceso son múltiples. Sin duda, el mismo fue favorecido por el auge del comercio oriental que con sus productos llegaba hasta los más lejanos rincones de Occidente. Junto con las mercancías viajaban las ideas. Pero esto no explica la gran aceptación que los cultos orientales tuvieron en el territorio del imperio. La razón estriba fundamentalmente en la crisis moral y religiosa que afectaba las conciencias individuales. El tradicional culto pagano estaba ligado a la existencia, bien de la polis, bien del Estado republicano. Pero cuando el nexo entre el individuo y el Estado se rompe, desaparece también el lazo religioso que vinculaba a los ciudadanos entre sí y con el Estado. La religión se convierte en mero formulismo que no responde a las inquietudes espirituales que son cada vez más perentorias a medida que los tiempos se tornan más difíciles. La gran masa de desposeídos y miserables busca satisfacer necesidades espirituales, nacidas del deseo de un futuro mejor. Los cultos orientales, místicos y de salvación, proporcionan ese consuelo. Pero, al mismo tiempo, son niveladores de las clases pues reciben entre sus iniciados no sólo a los poderosos sino a los pobres y aun a los esclavos. En síntesis, podemos decir que las religiones orientales hacen vibrar las cuerdas de la sensibilidad y calman la sed de emociones religiosas que el austero culto romano no lograba satisfacer.

Las religiones orientales ofrecen, en comparación con las del paganismo grecolatino, más belleza en sus ritos, más verdad en sus doctrinas y un bien superior en su moral². Los romanos, desde sus primeros tiempos, se mostraron poco celosos de sus creencias religiosas y estuvieron abiertos a la penetración de cualquier otra, siempre que no afectara la relación esencial entre el culto y el Estado.

² Cumont, Franz. Les religions orientales dans le paganisme romain. Annales du Musée Guimet, T. XXIV p. 55.

La primera religión oriental que encontró buena acogida fue la de la Gran Diosa adorada en Frigia [Pessinunte] y que en Occidente tomó el nombre de Magna Mater o Cibele. Su recepción en Roma tuvo carácter oficial y se debió a una respuesta de los libros sibilinos ante los temores que suscitaba la presencia de Aníbal en Italia. Para acabar con esta amenaza se aconsejó traer a Roma la piedra negra de Pessinunte, que era la manifestación visible de la diosa. Después de la derrota de Aníbal se le levantó un templo en el Palatino y se le consagraron fiestas especiales. Como el culto de esta diosa y su compañero Attis tenía ciertos rasgos de salvajismo, con mutilaciones, ceremonias sangrientas, etc., el Senado romano prohibió que lo practicaran los romanos y lo reservó a los sacerdotes frigios traídos especialmente. Pero esta medida cautelosa resultó, con el tiempo, poco eficaz y la brecha quedó abierta. En la época del emperador Claudio éste levantó las restricciones que pesaban sobre este culto a causa de que ya Calígula había otorgado toda serie de franquicias al culto de la diosa egipcia Isis. Esta diosa fue ganando terreno en la devoción de los romanos junto con otra divinidad que le está estrechamente ligada: Serapis-Osiris. El culto de este último dios fue una creación política de los Ptolomeos que quisieron convertirlo en objeto de la adoración de los dos pueblos que formaban su reino egipcios y griegos. Sin duda Serapis fue identificado desde un principio con Osiris y los Ptolomeos procuraron dar a esta religión una forma literaria y artística capaz de atraer a los griegos refinados de su reino. El favor de que gozó allí donde esta religión fue llevada se explica sobre todo por su escatología. En ninguna parte como en Egipto la vida fue dominada por la preocupación por el más allá, la que se manifiesta no sólo en la literatura funeraria sino también en las monumentales tumbas. Esta búsqueda de una vida ultraterrena se expresa sobre todo en el culto de Osiris.

A partir de los Ptolomeos el sincretismo religioso que implica la religión de Serapis le facilitó el camino para la penetración en Occidente. Precisamente fue a causa de su doctrina escatológica que Serapis conquistó adeptos en el mundo latino, particularmente entre las masas carentes

de esperanza en un futuro mejor en el transcurso de su vida terrenal. Al iniciarse en los misterios de Osiris-Serapis, el creyente renacía a una vida sobrehumana y se hacía igual a los inmortales.

Otros cultos que fueron ganando terreno en el mundo romano son los que proceden de Siria y, por lo tanto, tienen un origen semita. Se trata de cultos solares que si bien en la época de la república casi no se notaron, su expansión fue muy rápida en el período imperial. Alcanzaron su apogeo en el siglo III con la dinastía de los Severos, vinculada con mujeres sirias de elevado linaje y gran capacidad. Recordemos el intento fallido de Heliogábalo de hacer reconocer a su dios, el Sol Invictus Elagabal, como dios supremo y su deseo de instaurar un verdadero monoteísmo solar. Medio siglo después, Aureliano elevó al rango de dios supremo al Sol Invictus y lo convirtió en protector especial de los emperadores y del imperio.

Las distintas divinidades locales de Siria fueron evolucionando durante el período helenístico, sobre todo por influencia de la astrolatría caldea, hacia un panteísmo solar. Una divinidad única, todopoderosa, eterna y universal se pone de manifiesto en la naturaleza, pero su manifestación más importante y llena de potencia vital es el Sol. Este tipo de culto solar, con tendencia al monoteísmo, es el que penetra y se difunde en el imperio romano especialmente a partir del siglo III.

De todos los cultos orientales que se extendieron por el mundo romano, ninguno tuvo la pujanza que alcanzó en el siglo IV el de Mitra. Este se desarrolló en Asia Menor durante el dominio aqueménida y parece ser el resultado de una mezcla de elementos iraníes con otros caldeos e indígenas del Asia menor.

En Grecia el mitraísmo no fue aceptado nunca a causa de su procedencia persa, pero en cambio en el occidente latino su predominio fue tan grande que en cierto momento logró eclipsar a sus rivales orientales y fue el más peligroso adversario del cristianismo.

El elemento más importante que introduce esta

religión en el occidente latino es el dualismo mazdeísta. Ya sabemos que según esta concepción dualista el principio del Bien (Ormuz) está en continua lucha con el del Mal (Ahriman), que es su igual desde el punto de vista metafísico. Ambos disputan el dominio del mundo y del alma del hombre. Pero la actitud del hombre no debe ser pasiva sino que, libremente, debe elegir combatir junto a uno de estos principios. El dualismo tiende a favorecer el esfuerzo individual y desarrollar la energía humana en defensa del principio del Bien. El hombre es colaborador de los dioses en su obra de purificación y perfeccionamiento. Su moral es agonística. Ello explica la difusión que tuvo el culto de Mitra sobre todo entre los soldados romanos. Era el dios que se invocaba como garantía de la palabra dada, la fidelidad absoluta a los juramentos, lealtad, respeto a la autoridad, fraternidad. Los iniciados en el culto de Mitra, que han obedecido fielmente sus mandamientos, participarán también de la vida eterna.

Comparado con los otros cultos orientales el mitraísmo revela una elevación moral sólo comparable en ciertos aspectos con el cristianismo. De ahí la afirmación de Renán de que "si el cristianismo hubiese sido atacado en su crecimiento por alguna enfermedad mortal, el mundo sería mitraísta"³.

Finalmente, y para terminar este esbozo de la vida espiritual en el Bajo Imperio, es necesario referirse al auge de la astrología y la magia. Ambas son hermanas bastardas de la religión y de la ciencia y, a pesar del descrédito que los espíritus racionales o los verdaderamente religiosos han hecho caer sobre ellas desde la antigüedad, no sólo gozaron del apoyo de débiles y poderosos, sino que han logrado sobrevivir a todos los ataques. La razón estriba en que responden a una necesidad muy humana de poder dominar el destino y predecir el futuro y de llegar a dominar los elementos de la naturaleza. Pese a todas sus aberraciones no han sido completamente inútiles pues de alguna manera contribuyeron al progreso del conocimiento humano.

³ Renán, Ernesto, Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo. Valencia, Sempere y Cía., T. II, p. 157.

Tal es el universo político, económico-social y espiritual que caracteriza el siglo IV en que vive y elabora su obra el último gran historiador latino: Amiano Marcelino.

Amiano Marcelino. El mundo bárbaro a través de su obra

Datos biográficos del autor

Según lo que se infiere de la propia obra de Amiano y de una carta del sofista Libanio, este historiador nació en Antioquía en el seno de una familia de origen griego hacia el año 330. Con respecto a su linaje, si bien debemos descartar la hipótesis de que era hijo de un conde, sin duda pertenecía a una familia de la burguesía municipal, es decir, los curiales o muy próxima a ella. Esto lo podemos conjeturar a causa del interés que muestra en varias partes de su obra acerca de la suerte de esta clase social y los pesados gravámenes que caían sobre ella. El hecho de que Amiano demuestre poseer una sólida cultura nos indica que la posición de su familia era lo suficientemente buena como para permitirle adquirir conocimientos que normalmente sólo estaban al alcance de una elite.

A edad temprana comenzó su carrera militar como miembro de los "protectores domesticí", un cuerpo selecto de la guardia imperial. El "protector domesticus", en el siglo IV, es normalmente un auxiliar de los altos comandantes del ejército a quien suele confiarse alguna misión importante o cumple funciones en la corte.

La vida activa de Amiano transcurrió durante el reinado de los emperadores Constancio II, Juliano, Joviano, Valentiniano y Valente o sea en la segunda mitad del siglo

IV. cuando ya el imperio comenzaba a derrumbarse por los ataques de sus enemigos exteriores y el propio agotamiento interior. Precisamente a fines de este siglo, en el año 378, se produjo el tremendo desastre de Adrianópolis en que perdió la vida el emperador Valente frente a los godos. Esta fecha marca el fin de la historia de Amiano y de nuestro conocimiento directo sobre el historiador.

En el año 353 Amiano pasó a las órdenes de Ursicino, comandante en jefe del ejército oriental, a quien acompañó durante varios años y con quien compartió prosperidad y adversidad. Estuvo a su lado cuando Ursicino debió sofocar la revuelta de Silvano que se había proclamado emperador en Colonia. Permaneció junto a su jefe en la Galia hasta el verano de 357 y de esa manera presenció las mejores hazañas de Juliano, recientemente designado César por su primo, el emperador Constancio II. Lamentablemente debió trasladarse otra vez a la frontera oriental adonde Ursicino había sido enviado y de ese modo dejó de ser testigo ocular de algunos hechos muy importantes de la carrera de Juliano. Cuando éste, ya único emperador, llevó a cabo su campaña contra Persia, Amiano se incorporó a su ejército aunque no se sabe exactamente con qué cargo. A él debemos el relato de esta exitosa, pero funesta campaña de Juliano y también de los últimos momentos del emperador.

Cuando el ejército romano, a las órdenes del nuevo emperador Joviano, logró salir del territorio persa y retornar a la patria, Amiano decidió quedarse en Antioquía donde formó su hogar y permaneció durante largo tiempo. Realizó, sin embargo, algunos viajes a Egipto y Grecia y se preparó para la elaboración de su larga historia.

Después de la batalla de Adrianópolis Amiano decidió trasladarse a Roma, pero escogió la ruta terrestre por Tracia a fin de estudiar el terreno de los acontecimientos y reunir material para su historia. Fue en la ciudad eterna donde Amiano emprendió la redacción de su obra y adquirió una cierta posición dentro de la sociedad romana, contándose entre los amigos de Símaco y Pretextato, aunque no fuera del todo bien mirado por la elevada clase senatorial.

No sabemos la fecha exacta de su muerte. Hace una última alusión en su obra al consulado de Neoterio que corresponde al año 391; también hace referencia a Teodosio. Estamos ciertos, pues, que todavía vivía en 391 y tal vez en 393, pero de allí en más ya no podemos afirmar nada.

La obra de Amiano

Nos ha llegado con el nombre que le dieron los gramáticos latinos: *Rerum Gestarum Libri*. Probablemente era un intento de continuar la tarea de Tácito quien no había podido realizar su proyecto de escribir el relato de los reinados de Nerva y Trajano. Cronológicamente la obra de Amiano abarca un período muy extenso, pues arranca con el advenimiento de Nerva al poder, en el año 96, y concluye con la muerte de Valente en el 378. Sin embargo, no hay proporción entre la forma exhaustiva con que se ocupa de ciertos períodos y el simple tratamiento analítico de otros. La obra comprendía treinta y un libros, de los cuales se perdieron los trece primeros. Los dieciocho libros que sobreviven abarcan un período de 25 años, del 353 al 378. Esto nos demuestra la profundidad con que estudia los hechos que le son contemporáneos.

Las Historias de Amiano fueron apareciendo seguramente en forma fragmentaria en lecturas públicas y luego publicadas por grandes secciones.

La formación cultural de Amiano

No hay duda que su formación cultural procede de dos fuentes: la griega y la latina. En Antioquía, su ciudad natal, y en otras ciudades del mundo helenístico frecuentó los clásicos griegos y a través de su obra descubrimos que poseía amplio conocimiento de los poetas, dramaturgos, filósofos e historiadores griegos. Pero su principal inspirador era Homero, lo mismo que acontece con su héroe Juliano. Evidentemente, con esta formación literaria y filosófica,

Amiano debe haber resultado una "rara avis" en el ejército de esta época, cuyos cuadros eran reclutados cada vez más en las provincias y entre gente de escasa cultura. No es absurdo suponer que Amiano se sentiría bastante incómodo entre sus rudos compañeros. Si continuó en el ejército bajo las órdenes de Juliano fue porque en el joven emperador se unían las cualidades de un excelente general con las del literato y el filósofo. Después de la muerte de este emperador abandonó la carrera de las armas y se dedicó al estudio de las letras latinas y a la preparación de su historia. Sin embargo, su paso por el ejército le sirvió para conocer la realidad política del imperio y resultó muy útil para su obra.

Una vez instalado en Roma se abocó al estudio de las grandes obras maestras de la literatura latina, en especial de Cicerón, hasta convertirse en un verdadero discípulo del gran orador. Todavía en esta época su influencia era enorme y podemos descubrirla aún en los grandes padres de la Iglesia como San Agustín, San Ambrosio y San Jerónimo, aunque éste reniegue de él. Amiano no sólo admira en Cicerón al orador elocuente sino, sobretodo, al filósofo moralista cuyas obras tiene continuamente ante los ojos y cuyos preceptos toma siempre en consideración. Por algunas referencias que aparecen en su historia comprendemos que también fue asiduo lector de los poetas, en especial de Virgilio, y como es lógico -absurdo sería suponer lo contrario- conoció perfectamente las obras de los grandes historiadores latinos aunque poca mención haga de ellos. Tácito, a quien pretende continuar en el tratamiento del pasado romano, debe haber sido indudablemente objeto de cuidadosas lecturas. En conclusión, podemos afirmar que Amiano trató por todos los medios de convertirse en un "vir doctus", como quería Cicerón y adquirir toda la erudición que caracterizaba a la intelectualidad decadente del siglo IV. Esta erudición no era un medio sino un fin en sí misma, con hábitos escolares y con mucho de pedantería lo que se hace patente en las largas digresiones que abundan y dan cierta pesadez a la obra de Amiano. A pesar de ello, las digresiones geográficas y etnográficas -como veremos- dan a su obra un nuevo interés haciéndola ganar en amplitud y colorido. Con ellas

pretende darnos un cuadro completo de las diversas naciones que constituían el mundo conocido con lo que el horizonte histórico se ensancha notablemente. Evidentemente, el material de estas digresiones procede en gran medida de escritores anteriores, particularmente Estrabón y Plinio el Antiguo. Pero también recurre a sus recuerdos personales pues sabemos que recorrió prácticamente todo el imperio durante su vida activa de soldado y llegó también hasta el corazón de Persia. Amiano dedica además largos párrafos a temas de interés científico: físicos, astronómicos, botánicos, zoológicos, etc. que podían interesar a sus lectores y que nos lo revelan como poseedor del bagaje científico que era accesible a un literato del siglo IV. En este aspecto podemos compararlo con Herodoto quien, como Amiano, pensaba que era indispensable incluir en su relato todo cuanto pudiera saciar la curiosidad de un lector culto. Pero la agilidad y frescura intelectual de Herodoto dejan muy atrás a este representante de un mundo agotado y próximo a desaparecer. La curiosidad del padre de la Historia procede de la juventud de una cultura que todavía tiene un largo camino por recorrer y mucho que aprender; la de Amiano es la de un erudito con mentalidad de coleccionista que amontona referencias librescas acumuladas en largos siglos de Historia. Más que un indagador, como Herodoto, es "un escrupuloso lector de cosas antiguas", como él mismo dice.

El ideal historiográfico de Amiano

Dentro de la más pura tradición historiográfica latina, Amiano vuelve sus ojos al pasado para extraer de allí ejemplos y modelos de virtud. Lo mismo que Tito Livio, piensa que en las antiguas edades florecían virtudes que el paso del tiempo había marchitado. Para Amiano, como para los hombres del Bajo Imperio, la virtud por excelencia era la "sobrietas" -palabra que sólo había comenzado a usarse a partir de los primeros años del principado- y que sirve para caracterizar al hombre enérgico, de firme voluntad, prudente y recto. Es realmente el ideal de humanidad

en el Bajo Imperio y se considera que debe ser el rasgo esencial de los altos funcionarios y, sobre todo, de los emperadores. En general, salvo para algunos aspectos relativos a ciertos excesos de la religiosidad de Juliano, Amiano se la atribuye a este emperador pues representa el ideal de soberano: sabio y héroe a la vez¹. En busca de ese ideal, Amiano no vacila en señalar los defectos y los vicios de los soberanos. Su espíritu imparcial e independiente le permite emitir juicios sobre los personajes de su época, aunque fueran los más encumbrados. Así, por ejemplo, defiende a Ursicino, víctima de las iniquidades de Constancio II y, aunque su héroe es indudablemente Juliano, nos lo pinta con sus muchas virtudes pero no calla sus defectos y excesos. Amiano es pagano -de eso no cabe ninguna duda- pero no comparte los entusiasmos de Juliano ni su animadversión hacia los cristianos. Por el contrario, admira en éstos sus virtudes, su fortaleza espiritual y censura la actitud hostil del emperador hacia ellos. Sin embargo, no deja de señalar aquellos rasgos que, a sus ojos, constituyen debilidades de la religión cristiana, en especial, lo que se refiere a sectarismos y divisiones internas.

Todas sus críticas a los emperadores proceden de su elevada concepción del poder imperial, cuya función es la de velar por el bien común, limitar el poder absoluto y gobernar con sabiduría, de acuerdo con la tradición platónica.

Para alcanzar la verdad y la imparcialidad, Amiano debe utilizar sus fuentes con toda lealtad y espíritu crítico. Como hombre de acción da mucha importancia a toda su experiencia y a la de otros testigos oculares de los hechos, cuyos relatos somete a severo análisis. Pero no desecha los documentos: consulta los archivos públicos y también a los cronistas de su época aunque no los mencione. En esto, por supuesto, continúa la tendencia de otros grandes historiadores antiguos.

¹ André, Jean Marie y Alain Hus, *La Historia en Roma*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 1975, p. 194.

En síntesis, la obra de Amiano aboga por un imperio generoso e ilustrado cuya mejor encarnación es Juliano: exalta la ética romana tradicional; su categoría básica para el juicio histórico es un catálogo de las virtudes y vicios que desfilan por el escenario histórico, y su ideal humano -realmente aristocrático- huye de lo vulgar, lo vil, para vincularse con la dignidad de la persona que se logra mediante la cultura².

El mundo bárbaro en la obra de Amiano

Como oficial romano que ha participado activamente en las luchas contra el bárbaro tanto en Occidente como en Oriente, Amiano es conciente de la presión ejercida sobre el imperio por estos pueblos. Su patriotismo y amor a Roma, que considera eterna, lo llevan a sentir desprecio y odio no disimulado hacia ellos. Sin duda pesa en esta valoración la tradición helénica para la cual el bárbaro es inculto, lleva una vida primitiva y brutal, es la encarnación de la "hybris", ama la venganza e ignora lo que es la piedad.

Por otra parte, como soldado, Amiano se resiente ante la preponderancia que van adquiriendo los bárbaros en el ejército imperial. Considera a estos extranjeros como traidores, en potencia y elementos peligrosos para el porvenir del imperio. En este sentido no hay ninguna ambigüedad en su obra: su hostilidad hacia el bárbaro es manifiesta.

Frente a lo que podríamos llamar, por analogía con la Ilustración, el mito del noble salvaje que opone la pureza y simplicidad de sus costumbres a la corrupción de la sociedad romana -tal como lo encontramos en la Germania de Tácito, el Misopogón de Juliano o algunas oraciones del filósofo Temistio- Amiano declara abiertamente su hostilidad y pone en guardia a sus contemporáneos sobre los peligros que tales pueblos significan para el imperio. En varias partes de su obra, que analizaremos, dedica largos párrafos a

2 Camus, Pierre-Marie, Ammien Marcellin. Temoin des courants culturels et religieux a la fin du IVe. siècle. Paris, Les Belles Lettres, 1967. Segunda parte, cap. VI. p. 103 y ss.

describir su territorio, costumbres, caracteres físicos, organización política, etc. Tales digresiones son muy interesantes, no sólo por el valor etnográfico, sino porque expresan la concepción que un soldado culto y leal del Bajo Imperio tenía de los pueblos que marginaban y amenazaban la enorme y decadente estructura política. Por supuesto, no todos los pueblos considerados bárbaros merecen el mismo juicio despectivo pues, aun para Amiano, era imposible colocar en un mismo nivel cultural a egipcios y sarracenos o persas y hunos. La desconfianza mayor está dirigida hacia los pueblos germanos o hacia aquéllos que recientemente han surgido ante las fronteras del imperio, como los hunos y alanos.

En sus referencias a estos pueblos Amiano utiliza a veces sus propios recuerdos y experiencias pero, en la mayoría de los casos, recurre a relatos tradicionales, tanto de geógrafos como de historiadores y, por lo tanto, reitera errores de juicio también tradicionales.

Comenzaremos por referirnos a los pasajes que dedica a aquellos pueblos más primitivos en sus costumbres y, por lo tanto, más alejados de la civilización desde el punto de vista de la cultura clásica. Así, por ejemplo, son interesantes sus afirmaciones relativas a los denominados sarracenos, es decir, a los árabes beduinos que merodeaban en los desiertos de la frontera sudoriental del imperio. La descripción de sus hábitos concuerda en gran medida con lo que conocemos acerca de los árabes nómades y su forma de vida.

En el libro XIV nos dice: "Por otra parte, los sarracenos, a quienes no queremos por amigos ni por enemigos, aparecían repentinamente en tanto en un punto, en tanto en otro, robando con rapidez cuanto encontraban al paso, a la manera del milano que cae sobre la presa desde la altura a que la descubre y que con igual velocidad desaparece, ora la coja, ora yerre el golpe... Todos son naturalmente guerreros, van casi desnudos, sin otra prenda que un saco corto de colores, y lo mismo en paz que en guerra cambian continuamente de lugar con el auxilio de sus rápidos caballos y de sus flacos camellos. Ni uno de ellos pone mano al arado ni cultiva una planta, ni pide a la tierra la subsistencia

del hombre. Todo este pueblo vaga indefinidamente por inmensas soledades, sin hogar, sin asiento fijo y sin ley.

Ningún cielo, ningún suelo puede detenerlos mucho tiempo, siendo su vida la emigración... Generalmente se alimentan de caza, de leche que les suministran con abundancia sus rebaños, y de muchas clases de hierbas que produce su suelo con mucha variedad, y cuando les es posible, de aves cogidas con lazos. Casi todos los que hemos visto ignoraban el uso del pan y del vino. Pero basta de esta perniciosa nación y volvamos a nuestro relato"³.

Como vemos, esta digresión sirve a Amiano para hablarnos de un pueblo que en aquella época, y dada la rusticidad de sus costumbres, estaba muy lejos del papel trascendental que desempeñará a partir del siglo VII.

Lo que dice acerca de los hunos resulta un valioso testimonio pues nos pinta a este pueblo en vísperas de la gran invasión que desatará no mucho tiempo después y que provocará el colapso del imperio: "Los anales (posiblemente se refiere a analistas contemporáneos a los que utiliza sin especificar nombres) apenas mencionan a los hunos, y solamente lo hacen como de una raza salvaje extendida más allá de la Palus Meotida (mar de Azov), en las orillas del mar Glacial, y feroz hasta lo increíble. Desde que nacen los varones los hunos les surcan las mejillas con profundas incisiones para destruir todo germen de barba. De esta manera crecen y envejecen imberbes con el repugnante y degradado aspecto de los eunucos. Pero todos tienen el cuerpo corto, miembros robustos y cabeza gruesa, dando a su conformación algo de sobrenatural su prodigioso desarrollo en anchura. Antes parecen animales bípedos que seres humanos, o esas extrañas figuras que el capricho del arte coloca en relieve sobre las cornisas de algún puente. A este repugnante aspecto corresponden costumbres muy parecidas a las de los brutos. Los hunos no cuecen ni sazonan lo que comen y se alimentan con raíces silvestres o la carne del primer animal que cogen, que ablandan algo llevándola

³ Amiano Marcelino, Historia del Imperio Romano, versión castellana de F. Norberto Castilla. Biblioteca Clásica. Madrid, Librería de Hernando, 1995. Libro XIV, p. 20-21.

durante algún tiempo sobre el caballo, entre los muslos. No tienen techo que los cobije. No usan casas ni tumbas, y entre ellos no se encontraría ni siquiera una choza. Viven en medio de bosques y montañas, endurecidos contra el hambre, la sed y el frío. Hasta en viaje no atraviesan el umbral de una habitación sin absoluta necesidad y nunca se creerán seguros en ella. Fórranse con lienzo o con pieles de ratas de los bosques, cosidas a manera de túnica, que les sirve en todo tiempo, y una vez vestida esta prenda, no se la quitan hasta que se les cae a pedazos. Cúbrense con sombreros de ala recogida y guarnecen con piel de cabra sus velludas piernas, cubierta que les entorpece la marcha y los hace poco a propósito para combatir a pie; en cambio se les creería clavados en los caballos, que son feos pero muy vigorosos. Montados, y algunas veces como las mujeres, atienden a todos sus negocios. Día y noche a caballo, así venden y así compran. No echan pie a tierra para beber ni para comer, ni para dormir, cosa que hacen inclinados sobre el flaco cuello de su cabalgadura, encontrándose con la mayor comodidad. A caballo también deliberan acerca de los intereses comunes. No reconocen autoridad de rey; pero siguen tumultuosamente al jefe que los lleva al combate. Cuando se les ataca divídense en bandas y caen sobre el enemigo lanzando espantosos gritos. Agrupados o dispersos, atacan o huyen con la rapidez del relámpago y, corriendo, siembran la muerte. Así es que su táctica, por su misma movilidad, es impotente contra un parapeto o campamento fortificado... Ninguno de ellos labra la tierra ni toca un arado. Todos vagan indefinidamente, sin casa ni hogar, sin policía, extraños a toda costumbre sedentaria, pareciendo más bien que huyen con el auxilio de los carros en que están como domiciliados, donde la mujer se ocupa de confeccionar los repugnantes vestidos del marido, le recibe en sus brazos y cría sus hijos hasta la edad de la pubertad... Inconstantes y pérfidos en los convenios, cambian al menor vislumbre de esperanza; en general, todo lo hacen por pasión y no poseen en mayor grado que los brutos el sentimiento de lo honesto y deshonesto. Hasta su lenguaje es capcioso y enigmático. No adoran nada, no creen en nada y solamente tienen amor al dinero. Su carácter es

versátil e irascible hasta el punto que una asociación entre ellos, en el mismo día se rompe sin provocación y se reanuda sin mediador".⁴

Como bien dice Altheim⁵ las palabras de Amiano tienen un son siniestro, y son similares a las empleadas por cronistas posteriores. Es interesante señalar que las fuentes chinas utilizan términos semejantes para referirse a los Hiung nu, lejanos antepasados de los hunos, que fueron causa de grandes males para el imperio chino.

Claro está que este relato de Amiano acerca de los hunos corresponde a la época en que éstos comenzaban a ejercer presión sobre los godos y provocaron su irrupción sobre las fronteras del Danubio. Aún no había aparecido entre ellos su gran jefe Atila que los unificó, dentro de lo que era la tradición de las hordas nómadas de la estepa, e intentó crear un imperio en occidente. Su proyecto de sedentarizarlos y asimilarlos a las estructuras políticas correspondientes se esfumó a la muerte del caudillo. De esa manera el gran peligro que habían significado los hunos se diluyó, como sus tropas, en la estepa. Pero su paso había dejado una huella imborrable en la historia del imperio romano.

En su marcha hacia Occidente los hunos sometieron a los alanos, pueblo nómada de origen iranio, a quienes Amiano dedica también algunos párrafos interesantes: "No siembran, no tienen agricultura, no se alimentan más que de carne y, sobretodo de leche, y con el auxilio de carros cubiertos con cortezas, cambian incesantemente de paraje a través de llanuras sin fin. En cuanto llegan a un punto a propósito para los pastos, colocan los carros en círculo y devoran su salvaje comida. En cuanto el pasto queda agotado, vuelven a cargar y ponen en movimiento sus rotatorias ciudades, en donde se unen el varón y la hembra, nacen y crían los hijos y, en una palabra, realizan estos pueblos todos los actos de la vida. En cualquier punto donde la

⁴ Amiano Marcelino, op. cit., Libro XXXI, p. 247 y ss.

⁵ Altheim, Franz. El imperio hacia la medianoche. Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 34.

suerte los lleve, se encuentran en su patria, haciendo caminar constantemente delante de ellos rebaños de reses mayores y menores, pero cuidando muy especialmente de la raza caballar... Los débiles por edad o sexo se ocupan, fuera y derredor de los carros, de las cosas que no exigen fuerza corporal. Pero los hombres robustos, avezados desde la infancia en la equitación, consideran deshonoroso servirse de los pies. La guerra no tiene accidente en que no hayan hecho riguroso aprendizaje: por eso son excelentes soldados... Los alanos son generalmente altos y hermosos, teniendo los cabellos casi rubios. Su mirada antes es marcial que feroz, no cediendo a los hunos en la rapidez del ataque y carácter belicoso, pero están más civilizados en su manera de vestir y de alimentarse... Para los alanos el honor supremo es perder la vida en el campo de batalla. Morir de vejez o de accidente es un oprobio para el que no tienen bastantes ultrajes, y matar un hombre es heroísmo nunca bien celebrado. El trofeo más glorioso es la cabellera del enemigo, sirviendo de adorno al caballo del vencedor. Entre ellos la religión no tiene templo ni edificio, ni siquiera un santuario cubierto de paja. Una espada desnuda clavada en el suelo, es el emblema de Marte, divinidad suprema, y altar de su bárbara devoción... No conocen la esclavitud naciendo todos de sangre libre. Hoy mismo eligen por jefes los guerreiros reconocidos como más valientes y diestros".⁶

Este relato de Amiano acerca de los alanos nos muestra la forma de vida propia de los pueblos iranios de la estepa, la que sufrió pocas modificaciones a lo largo de toda la historia antigua.

Podríamos seguir analizando otros párrafos de la obra de Amiano relativos a estos pueblos primitivos que fueron el instrumento de la caída del imperio de Occidente, pero vale la pena dedicar la atención a su exposición acerca de los bárbaros civilizados (esto tiene sentido aunque suene a paradoja), tales como egipcios y persas.

En relación con Egipto, del que nos habla en el libro XXII, vemos que repite errores que eran comunes en la

⁶ Amiano Marcelino, op. cit., Libro XXXI, p. 250 y ss.

época, sobre todo de tipo geográfico. Así por ejemplo, con relación a las crecidas del Nilo nos dice: "Pretenden algunos físicos que las masas de nieve condensadas en los inviernos septentrionales, se ablandan después por la influencia de temperatura más suave y se evaporan bajo la forma de nubes que, arrojadas hacia el mediodía por los vientos etesios, se resuelven en agua en clima más cálido, siendo la causa de las primeras crecidas del Nilo. Afirman otros que sus periódicas inundaciones no tienen otro origen que las abundantes lluvias que caen en la Etiopía durante los grandes calores del verano. Ambas explicaciones deben ser erróneas porque se asegura que no llueve nunca en Etiopía o que solamente llueve a largos intervalos (los deficientes conocimientos acerca de esta región lo llevan a rechazar la verdadera causa de las crecidas). Existe otra opinión más acreditada, la de que el aumento del río se debe a los vientos prodromos y etesios, que rechazan sus olas durante cuarenta y cinco días, en los que la corriente, violentamente contenida y luchando contra el obstáculo, eleva sus aguas a esa altura prodigiosa y hace que se extiendan como un mar bajo el que desaparecen los campos. Por su parte el rey Juba (hijo del rey de Mauritania) sostiene, bajo la fe de los libros púnicos, que el Nilo nace en una montaña de Mauritania inmediata al Océano, y la prueba está, según dice, en que los similares de las plantas, peces y cuadrúpedos que viven en el río o en sus orillas, se encuentran en las aguas o en el suelo de aquella comarca".

Sus descripciones sobre la fauna egipcia son, por lo general, precisas, como en sus referencias al cocodrilo y al hipopótamo. En cambio, repite ciertas patrañas de antigua data: "Los ibis vuelan también en bandadas al encuentro de los ponzoñosos dragones alados que envían al Egipto las charcas de la Arabia, los combaten en el aire y los devoran sin permitir a sus perniciosas falanges que crucen la frontera. Preténdese que el ibis da a luz a sus polluelos por el pico..."

Es interesante su relato acerca de las principales ciudades, templos y monumentos de Egipto pues refleja lo que era este territorio en las postrimerías del imperio. En el caso de Alejandría nos habla de ella como una ciudad

ya decadente, especialmente en lo que se refiere al cultivo de las ciencias, aunque todavía es un centro importante de las mismas: "La geometría continúa allí haciendo útiles descubrimientos, la música tiene aficionados e intérpretes la armonía. Todavía se encuentran astrónomos, aunque son bastante más raros. Cultívase generalmente la ciencia de los números como también el arte de adivinar el porvenir. En cuanto a la medicina... ha realizado notoriamente tales adelantos que basta a un médico decir que ha estudiado en Alejandría para que no se le pida otra prueba de su saber..."

Amiano muestra un gran respeto, tradicional entre los griegos, por la antigüedad y profundidad de la sabiduría egipcia en cuyas fuentes abrevaron los más selectos espíritus de la Hélade: "Quien quiera profundizar en la ardua noción de la esencia divina o investigar la causa de nuestras sensaciones, reconocerá que los fundamentos de estas elevadas teorías fueron importados de Egipto. Los egipcios fueron los primeros hombres que remontaron el manantial de toda idea religiosa, cuyos misteriosos orígenes conservan en sus libros sagrados. Entre ellos imaginó Pitágoras su doctrina... y de allí trajo Anaxágoras aquella facultad de intuición que le hizo prever que lloverían piedras y predecir un terremoto con sólo tocar el barro del fondo de un pozo. A la sabiduría de los sacerdotes de Egipto deben hacerse remontar también las admirables leyes de Solón y, por consiguiente, mucha parte de los rudimentos de la jurisprudencia romana. También había visitado el Egipto Platón, y de allí adquirió aquella inmensa sabiduría que le iguala al mismo Júpiter".⁷

En el libro XXIII Amiano realiza una verdadera descripción metódica del imperio persa.

La excusa para esta larga digresión es el descenso del ejército del emperador Juliano hacia Ctesifonte, capital del imperio sasánida, a lo largo del río Eufrates. El material reunido tiene diversa procedencia: notas tomadas por él mismo durante su permanencia en ciudades fronterizas del imperio y también en el transcurso de la campaña de

7 Amiano Marcelino, op. cit., Libro XXII, p. 354 y ss.

Juliano; conversaciones con viajeros y soldados que conocieron el mundo persa; y, sobre todo, tratados existentes en su época tales como el de Ptolomeo, Estrabón, Dion Casio, etc. Este último tipo de fuentes nos permite explicarnos algunas de sus confusiones y el aspecto ligeramente sacrálico que se desprende de sus páginas.⁸

Comienza Amiano por describir las distintas provincias que abarca el imperio persa y las principales ciudades y rasgos peculiares de cada una de ellas. Esas provincias en la época de Amiano eran las siguientes: Asiria, Susiana, Media, Persia propiamente dicha, Partia (que después de la ascensión de los Sasánidas al poder había vuelto a ser simplemente una región septentrional del Irán, vecina del mar Caspio), Carmania, Hircania, Margiana, Bactriana, Sogdiana, Sacea (territorio ocupado por los saces o sakas), Escitia, Sérica, Aria, Paropamisada, Drangiana, Aracosia y Gedrosia.

El historiador habla de cada una de ellas y señala sus aspectos característicos. Cuando habla de Asiria, además de mencionar sus famosas y antiguas ciudades, nos proporciona datos acerca de la sustancia que tantas conmociones habría de causar hasta la actualidad: "También se encuentra allí la nafta, especie de resina viscosa y parecida al betún. Si un pajarillo, por pequeño que sea, se posa sobre esta materia, húndese y perece sin poder levantar vuelo, y si se inflama esta sustancia no se la puede apagar más que con tierra".

Al llegar a la Media aprovecha para referirse a un tema que sin duda interesaría sobremanera a sus lectores: los magos y la magia. "Magia, en lengua mística machagistía (o hagistía), significa, según la elevada autoridad de Platón, culto de la divinidad en su forma más elevada. Esta ciencia debe mucho a Zoroastro (nombre dado por los griegos a Zarathustra) de Bactriana, que se inició profundamente en los misterios de los caldeos, recibiendo nuevo perfeccionamiento del sabio rey Histaspes, padre de Darío (Histaspes

⁸ Gagé, Jean, *La montée de Sassenides et l'heure de Palmyre. Le Mémorial des Siècles, établi par Gerard Walter. Paris Editions Albin Michel, 1964, p. 165 y ss.*

o Vistaspa era sátrapa de Bactriana y descendía de Ariaramnes, hijo mayor de Teispes, rey de los persas, y despojado de sus derechos reales por el rey medo Ciaxares. Se dice que en su corte Zarathustra encontró refugio y protección y pudo dedicarse libremente a la prédica de su doctrina]. Penetrando en las regiones más apartadas de la India, aquel valeroso príncipe llegó hasta selvas solitarias, santuario silencioso de la doctrina trascendental de los brahmanes, y cuando hubo conseguido en sus comunicaciones con aquellos sabios todos los conocimientos que pudo obtener acerca de las leyes primordiales de nuestro mundo, sobre los movimientos celestes y la teología brahmánica, la más pura de todas, de regreso en Persia se dedicó a inculcar estas ideas a los magos que las han transmitido a su posteridad con la teoría de la presciencia que les es propia (esta referencia a una vinculación entre la doctrina zarathústrica y la brahmánica reviste interés porque, de alguna manera, ratifica nuestro conocimiento acerca de una primigenia comunidad religiosa de los pueblos iraníes y arios, pertenecientes a una misma rama indoeuropea). Tal es el origen de la tradición hereditaria en una estirpe que, desde tiempo inmemorial se dedica de padres a hijos al culto religioso. Si ha de creerse a los magos, conservan en un foco que jamás se apaga, una emanación del fuego celestial, y en otros tiempos los reyes asiáticos nunca se ponían en marcha sin que les precediese parte de ese fuego sagrado como garantía de éxito en sus empresas. Primeramente esta familia era poco numerosa y ejercía por privilegio las funciones del sacerdocio cerca del rey de los persas. Hubiérase considerado sacrilegio acercarse a los altares o tocar a la víctima antes de que el mago hubiese terminado las libaciones preliminares y recitado las preces rituales. Poco a poco fue aumentando la familia hasta llegar a merecer el nombre de pueblo y, agrupándose, ha formado centros de habitación en recintos de murallas, viviendo bajo el régimen de leyes propias y protegidos solamente por el respeto que va unido a la idea religiosa".

En este párrafo advertimos que Amiano se ha preocupado, ante todo, por indagar el origen de los magos, pero nos da pocas indicaciones acerca de sus principales centros

de esta época sasánida. Tampoco habla de los enormes poderes con que contaban los "mobedhs" (nombre que recibían los sacerdotes del mazdeísmo) y la persecución que ya habían iniciado contra los cristianos. Desde luego estos aspectos interesan al historiador actual, pero poco a uno del Bajo Imperio.

Vale la pena mencionar un dato geográfico que proporciona Amiano al referirse a la Partia: "A la parte oriental tienen los partos de Arabia Feliz, llamada así porque abunda en granos y ganados, palmeras y perfumes de toda clase. Bañada a la derecha y en su mayor extensión por el mar Rojo, a la izquierda por el mar Pérsico, gozan sus habitantes del beneficio de doble navegación".

La Arabia Feliz—propiamente el Yemen—difícilmente puede ubicarse al oriente de Partia y en esta época no formaba parte del imperio sasánida de manera directa. Sólo en la época de Cosroes los reyes sasánidas pudieron incluirlo en su soberanía. Sin embargo, desde fines del siglo III los jefes árabes fueron aliados y vasallos de los reyes persas y cuando el reino de Hira, en tiempos de Sapor, quedó bajo el dominio persa, seguramente también ocurrió lo mismo con la costa arábiga del golfo Pérsico. Por consiguiente, la afirmación de Amiano no es del todo errónea.

También, aunque imprecisas y confusas, son valiosas sus referencias a la región de la Sérica, sin duda la parte más occidental del imperio chino o sometido a su influencia: "Al Oriente y más allá de las dos Escitias (europea y asiática), un recinto circular de altas montañas encierra la Sérica, comarca inmensa, admirablemente fértil, que toca a la Escitia por Occidente, por Oriente y norte a helados desiertos, extendiéndose al Mediodía por la India hasta el Ganges... La comarca es forestal, pero sin grandes bosques. Recógese allí en los árboles, humedeciendo repetidamente las hojas, una especie de borra, extraordinariamente suave y fina, que hilan y convierten en seda, tejido reservado en otro tiempo a las clases elevadas, y que hoy usan ya todos". La seda, cuya fabricación no es bien conocida por Amiano, llegaba desde hacía siglos a Occidente a través de la Ruta de la Seda, vía importantísima de contacto comercial y cultural entre lejanos mundos. La divulgación del uso de esta tela es testimoniada por Amiano.

Después de haber descrito todas las provincias que abarcaba el imperio persa y sus peculiaridades, Amiano nos da una semblanza de las costumbres y forma de vida de sus habitantes: "Esta multitud de distintas naciones ofrece tan diferentes costumbres como divisiones de territorio, pero poseen rasgos de carácter comunes que se describen en pocas palabras. Los persas tienen todos el cuerpo flaco, la tez curtida o aceitunada, mirada hosca y cejas juntas y arqueadas. No carece de gracia su larga barba, pero tienen los cabellos crespos y erizados. Siempre se les ve con la espada ceñida, hasta en la mesa y en los días festivos; costumbre propia también en otro tiempo de los griegos, siendo los atenienses los primeros que tuvieron la gloria de renunciarla, según la imponente autoridad de Tucídides⁹. Los persas se entregan desenfrenadamente a los placeres sensuales, y nunca poseen bastantes concubinas; pero su amor se atiene al sexo opuesto (según Herodoto adquirieron de los griegos el vicio de mantener relaciones con muchachos)¹⁰. Cada cual se casa con tantas mujeres como puede mantener, pero por efecto de la pluralidad las quiere a todas muy poco. Evitan cuidadosamente en la comida todo lo que es lujo y delicadeza, y muy especialmente el exceso en la bebida. No tienen hora fija para comer como no sea en la mesa de los príncipes; el único regulador es el apetito, bastando para satisfacerlo lo primero que hallan a mano, y ninguno come más de lo necesario. En país enemigo es verdaderamente increíble su circunspección en este punto¹¹... Por el descuido de su apostura, por la dejadez de sus miembros, creeríaseles afeminados, cuando son temibles guerreros, aunque a decir verdad, es más su astucia que su valentía y más temibles de lejos que de cerca... Astutos, altivos, crueles, arrogándose el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y sobre los plebeyos oscuros, no vacilarían en hacer desollar vivo a un hombre, en parte o de la cabeza a los pies... Entre ellos la ley está rodeada de terror, siendo especialmente atroz la que castiga la traición y la desertión.

9 Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, I-3, I-6.

10 Herodoto. Los nueve libros de la Historia, I-135.

11 Herodoto, op. cit., I, 133; Jenofonte, Ciropedia, VIII, 8, II.

Tienen las abominables leyes que hacen a toda una familia responsable por uno de sus miembros. Pero no elevan a las funciones judiciales más que a hombres probos e instruídos, que no necesitan inspiración, y se burlan implacablemente de nuestros tribunales, en los que el ignorante magistrado no puede prescindir de tener a su espalda un asesor inteligente y legista. En cuanto a cubrir con la piel del juez prevaricador el asiento del que le sucede, si no es cosa inventada, cesó hace ya mucho tiempo¹².

Las lecciones que han aprendido de nosotros en achaques de disciplina y de táctica y la adopción de nuestras maniobras y ejercicios militares les ha hecho temibles hasta en batallas campales. Confían especialmente en la caballería en la que sirven todos los nobles y varones distinguidos... Esta nación, por su valor y progresos en el arte de la guerra hubiese llevado más lejos todavía sus victorias a no ser por las disenciones civiles que los agitan constantemente. En el traje de los persas abundan generalmente los colores vivos y este traje les cubre todo el cuerpo hasta los pies, aunque dejando paso al aire en el pecho y los costados. Usan collares y brazaletes de oro enriquecidos con pedrería, y especialmente perlas, costumbre adquirida después de la derrota de Creso y de la conquista de Lidia¹³.

Como no es objeto de este trabajo el analizar todas las digresiones de Amiano referidas al mundo bárbaro, sino algunas que puedan resultar típicas, creemos haber ejemplificado de manera fehaciente la actitud del historiador con respecto a este mundo.

Desde luego ha quedado demostrado el menosprecio que un intelectual del Bajo Imperio sentía hacia esas masas primitivas que se cernían amenazadoras sobre su horizonte.

Por otra parte, como soldado, sopesa y cualifica la capacidad bélica de tales enemigos y, aunque juzga eterno el poderío romano, advierte la necesidad de tomar en cuenta su peligrosidad. La batalla de Adrianópolis conque finaliza su obra ha de haberle parecido premonitoria en cuanto

12 Herodoto. V. 25; Valerio Máximo, VI, 3; Diodoro, XV, 10.

13 Amiano Marcelino, Op. Cit., Libro XXIII, p. 383-400.

a lo que el imperio podía esperar de estos pueblos. Aun así, y dado el peculiar enfoque pragmático moralizante de los historiadores clásicos, su visión del mundo bárbaro tiende a minimizarlo y a considerarlo más objeto de curiosidad científica que de un análisis de tipo político-militar. La falta de un verdadero sentido histórico y de capacidad para penetrar hasta la raíz de los males que corroían internamente al imperio le impiden, a pesar del interés demostrado hacia el mundo bárbaro, comprender hasta qué punto podía convertirse en el verdugo de su propia cultura.

Con respecto a su relato acerca de Egipto y Persia—precisamente de la mayor importancia por su extensión y la referencias geográficas, etnográficas y culturales—nos tropezamos con errores que, al menos teóricamente, deberían estar ya superados. Su tono anacrónico nos decepciona pues esperaríamos que, al cabo de tantos años de dominación sobre el Egipto y de continuos contactos con los imperios parto y sasánida, el hombre culto de Occidente estuviera ya mejor informado sobre estos pueblos. El uso de fuentes tradicionales y los tópicos y prejuicios heredados nos permiten comprender esta falla. Por lo demás, habrá que esperar al siglo XIX para que tales deficiencias puedan ser superadas por los historiadores. En nuestra valoración de Amiano Marcelino también debemos desprendernos de escrúpulos demasiados científicistas y no pedirle más de lo que está en condiciones de darnos, teniendo en cuenta su formación clásica erudita y las limitaciones de la época.

A pesar de cuantas críticas puedan hacersele, la obra de Amiano sigue siendo un valioso testimonio para conocer el imperio romano en sus postrimerías y, en relación con el mundo bárbaro, sus datos son de interés etnográfico y cultural. Aunque en forma rudimentaria su obra podría ser considerada un antecedente de las futuras historias de la cultura. Lo mismo podría afirmarse en relación con la Historia de las religiones. Es evidente su preocupación por las creencias religiosas de estos pueblos, la que puede compararse con la manifestada por Herodoto. Como él revela curiosidad mezclada con respeto. Su paganismo sincrético, muy penetrado por el neoplatonismo como era común entre los intelectuales del siglo IV, le permite juzgar

con amplitud las creencias de otros pueblos. Eso es lo que evidencia en su valoración del cristianismo. Aunque no siente simpatía por él, critica severamente el odio y la persecución llevada a cabo por Juliano.

En cierto modo, son llamativas las concordancias existentes entre este último gran historiador pagano y el padre de la Historia. Revelan una actitud intelectual similar, una marcada curiosidad científica y una gran preocupación por el mundo bárbaro que los rodea.

Aunque con muchos siglos de diferencia ambos deben haber percibido que en este mundo marginal y marginado estaban las causas de profundos cambios para Occidente.

Herodoto las intuyó; Amiano las constató.